

teriosa transición de los sonidos, el encantador os lanza de nuevo á la dura realidad y os abandona cuando sentís más deseos de sumergiros en sus celestiales melodías. La historia psíquica del motivo más brillante de aquel hermoso final es muy semejante á las emociones prodigadas á Constanza y César por aquella fiesta, digno remate de su sinfonía comercial.

Fatigados, pero felices, los tres Birotteau se durmieron por la mañana entre los murmullos de aquella fiesta que, en obras, reparaciones, mobiliario, comida, refrescos, trajes y biblioteca, reintegrada á Cesarina, no bajaba, sin que César lo sospechase, de sesenta mil francos. Eso costó el fatal boton encarnado, concedido por el rey al perfumista. Si le ocurría una desgracia comercial á César Birotteau, ese gasto loco era bastante para autorizar que se le persiguiera criminalmente. Un comerciante está en el caso de la bancarrota simple si ha hecho gastos considerados como excesivos. Es, talvez, más horrible hallarse ante un tribunal de policía por inocentes bagatelas ó torpezas, que ser procesado por un inmenso fraude. A los ojos de ciertas gentes más vale ser criminal que tonto.

II

CÉSAR VENCIDO POR LA DESGRACIA

Ocho días después de aquella fiesta, último fulgor de una prosperidad de diez y ocho años próxima á extinguirse, César miraba á los transeuntes á través de los cristales de su tienda, pensando en sus múltiples negocios que iban pareciéndole complicados. Hasta entonces todo había sido fácil en su vida; fabricaba y vendía, ó compraba para revender. Desde entonces, el negocio de los terrenos, su participación en la casa A. POPINOT Y COMPAÑÍA, el reembolso de los ciento sesenta mil francos lanzados á la plaza y que reclamaban tráficos de giros que disgustarían á su mujer, ó éxitos inauditos en los asuntos de Popinot, amedrentaban al hombre por la diversidad de los conceptos, haciéndole temer que se le enredase la madeja, pues abarcaba en su mano más ovillos de los que podía buenamente devanar. ¿De qué modo manejaría Anselmo el timón de su nave? Birotteau trataba á Popinot como un profesor de retórica trata á su discípulo; desconfiaba de sus recursos y sentía no estar á su lado. El puntapié que le había largado para hacerle callar en casa de

Vauquelin explica los temores que el joven negociante inspiraba al perfumista.

Birotteau cuidada mucho de ocultar sus dudas á su mujer, á su hija y á su dependiente; pero sentía entonces la perplejidad de un pobre marinero del Sena á quien por acaso el ministro confiara el mando de una fragata. Estos pensamientos formaban como una especie de niebla en su inteligencia, poco acostumbrada á la meditación, y permanecía de pie tratando de ver claro. En aquel momento apareció en la calle una persona que le inspiraba violenta antipatía, y era su segundo casero, el vejete Molineux.

Todo el mundo ha tenido ensueños poblados de acontecimientos que representan una vida entera y en los cuales asoma repetidas veces un ser fantástico encargado de las nuevas desagradables, el traidor de la comedia. A Birotteau le parecía Molineux encargado por la casualidad de un papel análogo en su vida. Aquel rostro había hecho muecas diabólicas en el baile, contemplando las suntuosidades con ojos rencorosos. Volviendo á verle, César recordó tanto más las perturbaciones que le había ocasionado aquel bellaco maldito, cuanto que Molineux le hizo sentir una nueva repulsión al presentarse de pronto entre sus preocupaciones.

— Señor, le dijo el vejete con su voz horriblemente insustancial, apresuramos tanto las cosas, que os olvidásteis de firmar el documento privado entre nosotros convenido.

Birotteau cogió el contrato para reparar su olvido.

El arquitecto entró, saludando al perfumista y rodeándole con diplomacia.

— Señor, le dijo por fin al oído, ya sabéis cuán difíciles son los principios de una profesión; si estais satisfecho de mí, me obligaríais mucho haciendo efectivos mis honorarios.

Birotteau, que se había despojado en absoluto de todo, al dar lo que tenía en cartera y el dinero de la caja, dijo á Celestino que hiciese un pagaré de dos mil francos á tres meses fecha y que preparase un recibo.

— Ha sido para mí una gran fortuna, que os encargara de pagarme los alquileres de vuestro vecino, dijo Molineux con expresión burlona. El portero fué á decirme esta mañana que el juez de paz sellaba la tienda por haber desaparecido el señor Cayron.

« ¡ Mientras no me toque perder también los cinco mil francos! » pensó Birotteau.

— Se le creía muy ordenado en sus negocios, dijo Lourdois, que acababa de llegar con su cuenta para el perfumista.

— Un comerciante no está libre de infortunios hasta que se ha retirado, dijo Molineux doblando su documento con minuciosa regularidad.

El arquitecto miró al vejete con el placer que todo artista siente al hallar una caricatura que confirma sus opiniones acerca de los burgueses.

— Cuando se tiene la cabeza bajo un paraguas, es opinión general suponerse á cubierto de la lluvia, dijo el arquitecto.

Molineux reparó bastante más en los bigotes y en la perilla, que en la expresión del rostro del arquitecto, al mirarle, y le despreció tanto como el señor Grindot le despreciaba. Se dispuso á darle un zarpazo al salir. Por la costumbre de rozarse con sus gatos, Molineux tenía en su porte y en sus ojos algo de la raza felina.

En aquel momento Ragon y Pillereault entraron.

— Hemos hablado al juez de nuestro negocio, dijo Ragon al oído de César; cree que en una especulación de ese género necesitaríamos la carta de pago de los que venden, y formalizar las escrituras á fin de ser todos realmente propietarios pro indiviso...

— ¡ Ah! ¿ Emprendéis el negocio de la Magdalena? dijo Lourdois. Da bastante que hablar; allí construiremos casas en abundancia.

El pintor, que iba decidido á exigir el pago de su obra, creyó conveniente no apremiar al perfumista.

— Os traje mi cuenta, por ser fin de año, le dijo al oído; no tengo necesidad de dinero.

— ¿ Qué te pasa, César? dijo Pillereault, notando la sorpresa de su sobrino, que estupefacto ante la factura no contestaba ni á Ragon ni á Lourdois.

— ¡ Ah! Una bagatela; he tomado pagarés por valor de cinco mil francos al paraguero, mi vecino, y quiebra. Si los créditos que me cedió no son cobrables ó resultan falsos, me atrapan como á un tonto.

— Hace ya mucho tiempo que os lo tengo dicho, exclamó Ragon; el que se ahoga se agarraría á la pierna de su padre para salvarse, y le arrastraría

sin compasión al fondo. ¡ He visto tantas quiebras! Al principio, el que hace malos negocios no es un bribón, pero se hace bribón irremediamente.

— Es cierto, dijo Pillereault.

— ¡ Ah, si llego alguna vez á ser diputado, ó si tengo alguna influencia con el gobierno!... dijo Birotteau poniéndose de puntillas y cayendo sobre sus talones.

— ¿ Qué haríais? preguntó Lourdois: porque vos sois un hombre discreto.

Molineux, á quien interesaba cualquiera discusión jurídica, se quedó escuchando; y como la atención de los demás fija la nuestra, Pillereault y Ragon, á pesar de que ya conceían las opiniones de César, le oyeron gravemente como los otros para quienes aquello era cosa nueva.

— Quisiera, dijo el perfumista, un tribunal de jueces inamovibles con un ministerio fiscal juzgando al delincuente. Después de un proceso, durante el cual un juez desempeñaría las funciones actuales de los agentes, síndicos y juez-comisario, el comerciante sería declarado *quebrado rehabilitable* ó *quebrado insolvente*. El quebrado rehabilitable tendría la obligación de pagarlo todo; sería entonces el administrador de sus bienes, de los de su mujer, porque sus créditos, sus herencias, todo pertenecería á sus acreedores; giraría por su cuenta, y bajo una inspección; en una palabra, continuaría los negocios, firmando: *Fulano de Tal, quebrado*, hasta el absoluto reembolso. El *quebrado insolvente* sería condenado, como en otro tiempo, á la picota, en la sala

de la Bolsa, tenido allí dos horas con la cabeza cubierta por un gorro verde. Sus bienes, los de su mujer y sus créditos se adjudicarían á sus acreedores y él sería desterrado del reino.

— El comercio estaría un poco más seguro, dijo Lourdois, y se mirarían bien antes de hacer operaciones.

— La ley vigente no se cumple como debiera, dijo César exasperado. De cien comerciantes, más de cincuenta deben doble de lo que tienen y venden sus mercancías con un veinticinco por ciento de rebaja, con relación al precio de inventario, y así arruinan al comercio.

— El señor está en lo cierto, dijo Molineux; la ley actual deja demasiada latitud. Se impone la renuncia total, ó la infamia.

— ¡Eh! ¡Caramba! dijo César. Un comerciante, por el camino que llevan las cosas, acabaría siendo un ladrón autorizado. Con su firma, puede saquear los bolsillos de todo el mundo.

— No sois indulgente, señor Birotteau, dijo Lourdois.

— Tiene razón, dijo el viejo Ragon.

— Todos los quebrados son sospechosos, dijo César exasperado por la pequeña pérdida que sonaba en sus oídos como debe sonar para los ciervos el primer grito del halalí.

En aquel momento el jefe de comedor presentó la cuenta de Chevet. Luego un aprendiz de Félix, un mozo del café Foy, el clarinete de la orquesta llegaron con sus facturas.

— El cuarto de hora de Rabelais, dijo Ragon sonriendo.

— A fe mía, disteis una preciosa fiesta, dijo Lourdois.

— Estoy ocupado, dijo César; y se fueron todos, dejando allí las cuentas.

— Señor Grindot, dijo Lourdois viendo como el arquitecto doblaba el pagaré firmado por Birotteau, comprobaréis y ordenaréis mi cuenta; no hay más que medir; todos los precios están convenidos por vos en nombre del señor Birotteau.

Pillereault miró á Lourdois y á Grindot.

— Precios convenidos entre arquitecto y contratista, dijo el tío al oído del sobrino: te han robado.

Grindot salió, Molineux le siguió, abordándole y diciéndole misteriosamente:

— Señor, me habéis escuchado, pero no me habéis entendido: os deseo un paraguas.

El miedo se apoderó de Grindot. Cuanto más ilegal es una ganancia, más la defiende un hombre; flaquezas del corazón humano. Efectivamente, el artista había estudiado la habitación con interés, había invertido en aquella obra toda su ciencia y mucho tiempo, trabajó para sacarse diez mil francos, y se veía engañado por su amor propio; los contratistas no tuvieron que esforzarse mucho para seducirle. El argumento irresistible y la amenaza bien clara de perjudicarle con calumnias, influyeron menos en él que la observación hecha por Lourdois acerca del negocio de terrenos en la Magdalena: Birotteau no pensaba construir en ellos ni una sola

casa ; especularía solamente sobre el precio de los solares. Los arquitectos y los contratistas son entre sí como el autor y los actores, dependen los unos de los otros ; Grindot, encargado por Birotteau de convenir los precios, favoreció á las gentes del oficio contra los burgueses. Así, tres grandes contratistas, Lourdois, Chaffaroux y Thorein el carpintero, le proclamaron *uno de los muchachos con los cuales da gusto trabajar*. Grindot supuso que las cuentas en las cuales tenía participación serian pagadas, como sus honorarios, con pagarés, y el vejete acababa de inspirarle dudas sobre el pago. Grindot sería implacable como lo son los artistas, los enemigos más crueles de los burgueses. Hacia fin de diciembre, César debía sesenta mil francos. Félix, el café Foy, Tanrade y las pequeñas cuentas que se deben saldar inmediatamente, se habían presentado ya tres veces en casa del perfumista. En el comercio esas frioleras perjudican más que una desgracia : la anuncian ; y las pérdidas conocidas están determinadas, pero el pánico no tiene límites. Birotteau vió su caja vacía. El miedo se apoderó entonces del perfumista, á quien nunca semejante cosa le había ocurrido en su vida comercial. Como todas las personas que no han luchado con la miseria y que son débiles, esta circunstancia, muy común en la vida de la mayor parte de los pequeños comerciantes de París, perturbaba el juicio de César.

El perfumista ordenó á Celestino que enviase las cuentas á casa de sus parroquianos ; pero, antes de hacerlo, el primer dependiente se hizo repetir la

orden, sorprendido. Los clientes, noble calificativo aplicado entonces por los vendedores al pormenor á sus parroquianos, usado por César, á pesar de su mujer, que había concluído por decirle : « llámalos como quieras, con tal que paguen », los clientes de Bitotteau eran personas ricas con las cuales no había jamás quiebras, aunque pagaban solamente cuando les parecía bien, sin plazo fijo ; y entre todos le deberian á César algunas veces hasta cincuenta ó sesenta mil francos. El segundo dependiente cogió el libro de facturas y se puso á copiar las más importantes. César temía á su mujer. Para que no descubriese Constanza el abatimiento que le producía el *simoun* de la desgracia, se dispuso á salir.

— Buenos días, señor, dijo Grindot al entrar con ese aire desenvuelto que toman los artistas para tratar cuestiones de dinero, de las cuales fingen siempre desconocimiento absoluto. No sé como hacer efectivos vuestros pagarés, y me veo obligado á rogaros que me los cambiéis por dinero. Soy el peor librado en esta cuestión ; pero no quise hablar á los usureros, no me decido á salir con vuestra firma al hombro, y sé lo suficiente de comercio para comprender que mis pasos podian perjudicaros ; en vuestro interés redunda que...

— Señor, dijo Birotteau estupefacto, os ruego que bajéis la voz ; me sorprende mucho lo que decís. Lourdois entró.

— Lourdois, dijo Birotteau sonriendo ; ¿ aceptais ?...

Birotteau se detuvo. El pobre hombre iba á pedir